

Testimonios urbanos de antaño

EL BARRIO LA CALIFORNIA

Maritza Castro Salazar

Filóloga costarricense.
Estudió en la
Universidad de Costa Rica.
Ha sido embajadora de Costa Rica
en Argentina y
ha escrito diversos ensayos y
artículos sobre
literatura y cultura latinoamericana.
maritza148@gmail.com

Avenida Fernández Güell, entre calles 25 bis y 27, era la dirección de mi casa. Y tenía número, pues, en aquella época, todas las edificaciones tenían una placa pequeña, de más o menos unos 20cm x 9cm, blanca, de metal, bordeada por una raya azul y con los números del mismo color. En lo alto de la puerta de mi casa había una placa de cuatro dígitos, lástima que no recuerdo cuáles eran...

Cualquiera preguntaría a cuál de las grandes ciudades latinoamericanas pertenecía esa dirección y, seguramente, se sorprendería si me oyera contestar que se trata de San José de Costa Rica, en la década de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, cuando era una ciudad ordenada, con calles y avenidas numeradas y, también, algunas de estas últimas ostentaban un nombre.

Las placas de las calles y las avenidas eran colocadas en las paredes de las edificaciones esquineras, en alto, en donde nadie las tocaba... Porque en ese tiempo se respetaba "la calle". ¿Alguna reminiscencia ha quedado? ¡No! Ni un rastro.

Años idos. Solo para hacer referencia, recordemos que, en nuestro país, "El Niño Millón" nació en 1956. La capital empezaba a crecer y cuando apuró el paso lo hizo vertiginosamente, desordenadamente y, a diferencia de la mayoría de los países del mundo, que al pasar los años van adelantando, mejorando, manteniendo y aumentando las nomenclaturas viales para una mejor orientación y ordenamiento de la ciudad, San José se dio, y sigue dando el lujo de ser "diferente": tomó la actitud de ir hacia atrás, contra corriente, descuidando calles, aceras y olvidando el uso de las nomenclaturas. Resultado: hoy vivimos en un caos.

Reconstruyendo en palabras el mapa de una muy pequeña parte del barrio La California, nombraré las familias que, en esos años, eran nuestros vecinos de cuadra: al este, la familia Esquivel Yglesias. Años más tarde vendieron esta casa a don Manuel De Mendiola Zaldívar y familia; al oeste, don Manuel Gómez Miralles y familia; al sureste, frente a la calle 27, don Mariano Coronado y familia, y don Jaime Carranza y familia; y al suroeste, frente a la calle 25 bis, don Aquiles Bonilla y don Amado Naranjo y familia.

FOTOGRAFIA COMERCIAL
GOMEZ MIRALLES

330 yards al Este del Cuartel Bella Vista sobre la línea del tranvía
 TELEFONO CASA DE HABITACION No. 3277 SAN JOSE, C. R.

Retratos a 5 Cts. cada uno
 en PASAPORTE o CEDULA se cobrará a quien ordene lo siguiente:

6 postales busto 3.00 <small>Pasaporte o Cédula 5 Cts. cada uno</small>	NOVEDAD! 12 retratos <small>Pasaporte</small> <small>en cuatro diferentes post</small> <small>caras, pagará 1.50</small>
1 retrato grande busto 3.50 <small>con cartón, tamaño sobre 8x10 pulgadas</small> <small>Pasaporte o Cédula 5 Cts. cada uno</small>	Solamente 3 <small>retratos de</small> <small>la Cédula</small> <small>o Pasaporte, pagará 40 Cts.</small>

NOTA.—El cliente o traerla lo deposita en la cuenta de la Fotografía por el retiro.
 Se retira a toda hora día y noche. El valor del trabajo se paga al retirarse

Geografía de Costa Rica (Álbumes).

casa de don Jaime Solera; lo destacable es que doña Olga Fernández de Solera es la única persona quien, desde aquella época, mantiene ahí su casa de habitación.

Da gusto nombrar estos dos ejemplos de fieles habitantes del barrio La California que aún dicen "PRESENTE".

Aquella era la época del tranvía, que hacía el recorrido hacia el oeste hasta el Monumento del expresidente León Cortés Castro, en La Sabana, o sea, atravesaba el Paseo Colón, la avenida Central y la avenida Fernández Güell y, por el este, terminaba cerca de donde hoy se



Avenida Fernández. Güell, calle 27.

encuentra el supermercado de Muñoz y Nanne, en San Pedro. Otra línea cruzaba de norte a sur y terminaba frente a la Estación del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, pero en ella nunca me subí.

Los tranvías pintados de color amarillo con negro eran conducidos por un maquinista quien vestía uniforme azul con botones dorados y quepis. Ellos sonaban una campana tirando de un mecate suspendido en el sitio de comando para anunciar que se acercaban a las esquinas y que los automóviles, carretones y peatones dejaran el paso libre. Cuando uno estaba en la casa esperándolo, según el volumen del sonido de esas campanas, podía calcular la distancia en que el tranvía se encontraba y así medir el tiempo que tenía para salir a su encuentro y lograr subirse. A nosotros nos quedaba muy cómodo porque lo tomábamos frente a la casa de los Gómez Miralles.

Recuerdo mis años de primaria y secundaria, transcurridos todos en el Colegio de Nuestra Señora de Sión. Entraba a las 7:30 a.m. y salía a las 4:00 p.m., de lunes a

viernes. Los sábados entrábamos a la misma hora pero salíamos a las 12:00 m. Nunca usé el tranvía para ir al colegio. No me permitían mis padres subirme sola. Iba a pie, pues desde mi casa hasta la puerta del Colegio eran 500 metros. Cierro los ojos y hago el recorrido de ida y vuelta. Si salía 15 minutos antes de la hora de entrada, llegaba puntual y pasaba frente a la casa de don Manuel Gómez Miralles, cruzaba la calle 25 bis y pasaba frente a la Embajada de Nicaragua, seguía la casa de la familia Saprissa, cruzaba a la otra cuadra y, en la esquina, estaba la cantina La California que, por cierto, no me gustaba pasar por ahí y, cuando veía borrachos en la puerta, cruzaba de acera porque les tenía miedo... pero, si seguía por la misma acera que unía dos cuadras, pasaba frente a una verdulería y a una carnicería, ambas de nombre La California. Seguía, luego, la casa de la señora Blanca Umaña, quien vendía en su casa vestidos que traía de los Estados Unidos de América; después estaba la casa de la familia Lizano Sáenz y, a la par, había una farmacia de un ciudadano chino. Luego había como tres o cuatro casas más de gente que no conocía, hasta llegar a la esquina de la botica Primavera.

Hago aquí un paréntesis para resaltar la importancia que, como referente del barrio, tenía la botica Primavera: al norte, había un gran edificio que era la estación en donde guardaban los tranvías. Y, cincuenta metros al sur, empezó a funcionar, en los años cincuenta, una nueva escuela bilingüe y mixta: se llamaba Lincoln School. Estuvo un tiempo ahí y luego se pasó a otra casa cercana que quedaba cincuenta metros al oeste de la famosa botica Primavera. Ahí se mantuvo hasta que construyeron su propio edificio en Moravia, años más tarde.

Otro referente no menos importante era la Logia Masónica, situada a otros cincuenta metros al oeste de la ya nombradísima botica Primavera, casi enfrente de donde estuvo la Escuela Lincoln.

La Logia Masónica era un imponente edificio de dos pisos color gris. Un pequeño muro del mismo color bordeaba un antejardín y, entre las columnas de ese muro de adorno, gruesas cadenas de hierro negro.

En dirección a la puerta de entrada y en el segundo piso, resaltaban ciertos dibujos y signos que yo no entendía pero que me intrigaban. Además, en el mismo cemento estaban en relieve las siguientes letras: A. L. G. D. A. U. Las recuerdo perfectamente, pero mi curiosidad no pudo ser satisfecha: le pregunté a una monja y a mis papás y me dijeron que no sabían... ¡Hasta ahora caigo en la cuenta que aún tengo esa pregunta pendiente!

Cada vez que yo pasaba enfrente a la Logia Masónica apuraba el paso, porque, no sé por qué, me daba miedo el lugar. Ahora pienso que, en mi mente infantil, ver esa mole gris, hermética que mis mayores no conocían me daba la sensación de que algo prohibido para mí estaba detrás de aquellos muros... Las monjas jamás mencionaron nada acerca de la Logia; aparentemente la ignoraban. Lo que me llamaba la atención era que nunca se veía a ninguna persona entrando ni saliendo del edificio. La puerta estuvo abierta. Nunca un jardinero cortó el zacate, ni nadie limpió vidrios o paredes... Las luces siempre estuvieron apagadas. No había ninguna clase de movimiento, pero todo parecía en orden... para mí una incógnita, ¡como una gran tumba...! ¡Y más miedo me daba!

Pues bien, siguiendo recto mi camino hacia el Colegio, cruzaba las calles 21, 19 y, ya en la 17, estaba bordeando los muros del Sión.

Una parada obligatoria a la vuelta del colegio era la botica Primavera: ahí comprábamos gomitas de eucalipto y melcochas de menta. Siempre estaba el boticario, muy amable e impecable con su gabacha blanca, con el cabello *englostorado*, y listo para dar consejo a quien lo buscara para un remedio para sus males. Se trataba del Lic. Silvio Mata Leiva, como podía leerse en la ventana de la botica en letras negras y doradas.

Siguiendo el camino, más adelante, y ya casi llegando a la puerta de mi casa, entrábamos a una pequeña pulpería que tenía don Manuel Gómez Miralles en un cuarto que daba al corredor de su casa de habitación.

La casa de Gómez Miralles era de un piso y de estilo victoriano costarricense, pintada de un color amarillo paja con marcos y puertas blancas, adornos de "ginger bread" a lo largo de las precintas y, en las ventanas rectangulares, los vidrios estaban divididos, a su vez, en pequeños rectángulos formados por venas de madera también pintadas de blanco.

Ruby, se llamaba la negrita, simpática, pequeña y gordita que siempre sonriente nos atendía en la pulpería de don Manuel: ahí comprábamos deliciosas melcochas de coco marca La Estrella, que valían ₡0,05 y que, a veces, venían premiadas, lo que significaba que, ¡en vez de una, nos daban dos! ¡Esta era una gran ilusión! Los confites de fresa nos esperaban en unos grandes frascos de vidrio, al precio de dos por ₡0,05, y unas riquísimas cocadas, que eran las más caras, a ₡0,10 cada una, pero que igual comprábamos. Para mí, los preferidos eran los *Jockeys*: tabletas rectangulares de chocolate con la figura de un *jockey* montado en un caballo de carrera. Venían envueltas en papel rojo de aluminio con letras plateadas; costaban ₡0,25, muy caras... pero había que comprarlas porque endulzaban la vida, pues desde pequeña he sido chocolatera.

Frente a la entrada de ese cuarto saliente de la casa de don Manuel Gómez Miralles, se extendía un corredor que daba la vuelta a la casa en forma de "ele". Al final del corredor estaba el estudio fotográfico de don Manuel: un maravilloso cuarto que parecía sacado de una fotografía de otros tiempos: cámaras sobre trípodes por todos lados, tapadas con lienzos negros, que se agitaban al removerse el aire por causa de una puerta o de una ventana, por lo que parecían seres de otros lares... Mesas y mesitas cuadradas, rectangulares y ovaladas se apreciaban por todas las esquinas. Sillas, sillones *chaise longues*, biombos, lámparas y, por supuesto: fotografías, muchas de las cuales estaban colgadas en clavos a diversas alturas, no todas en fila ordenada sino algunas manteniendo aún la posición en que habían quedado el último día en que fueron sacudidas por alguien tratando de desempolvarlas o por el efecto de un temblor.

Y don Manuel. Sobre todo hoy día recuerdo a don Manuel: un señor de estatura media, más rellenito que flaco, de piel tersa, nariz mediterránea perfilada, y mejillas lucias y sonrosadas. De pelo canoso ensortijado, usaba lentes redondos de aro dorado que le daban un aire de artista e intelectual un poco descuidado, pero poseedor de unos ojos chispeantes e inquisidores que destellaban detrás de los lentes.

Don Manuel siempre andaba de prisa: vestía con pantalones color beis o de rayas gris con blanco y una gabacha negra, volada. No era de corte recto, liso, como la del Lic. Silvio Mata Leiva de la botica Primavera, sino una gabacha volada, de un corte aprincesado, que le daba un aire de figura siempre en movimiento, aunque estuviera quieto.

Era muy especial don Manuel y, desgraciadamente, en mis años de niñez no supe apreciar lo que ese gran artista era y valía. Digamos que era demasiada niña para darme cuenta. Sin embargo, quiero hacer un paréntesis para contar algunas anécdotas de don Manuel Gómez Miralles, su casa y su familia.

Don Manuel vivía con su señora esposa y una hermana de esta. Dos viejitas de apellido Sáenz. Como siempre fui muy curiosa, me asomaba cuando oía algún ruido en casa de don Manuel, ya que desde una de las ventanas de mi dormitorio que estaba en el segundo piso se veía el jardín y parte de un corredor de la casa de los Gómez Miralles. Era un jardín interno, en parte bordeado por un techo y, en el medio, había algunas eras sembradas de rosas y dos árboles



Calle 25 bis.

frutales en la esquina, a la par de mi casa: uno de duraznos y otro de acerolas.

De vez en cuando, las dos viejitas apeaban la fruta madura con un palo de escoba, el mismo que utilizaban para espantar los pajaritos que acudían a comerse la fruta. Esta operación la llevaban a cabo en medio de gritos y expresiones de ¡Fuera! ¡Fuera! Que

cuando llegaban a mis oídos, aún bajito, porque eran señoras que no alzaban la voz, yo me dirigía corriendo a la ventana para ver lo que estaban haciendo.

Sin embargo, el verdadero bullón lo protagonizaron una mañana cuando, el gato de la casa –un bellissimo angora– robó comida de la cocina. Oí el escándalo y volé al segundo piso desde donde vi cómo micifuz, con algo rojo colgando del hocico, se capeaba los escobazos de las ancianas, quienes –impedidas por los años y las vestimentas– quedaban rezagadas ante las acrobacias del gato que, de solo dos trancos, se subió al árbol de acerola y luego brincó al techo en donde se dio un festín al engullir un gran bistec, que no otra cosa parecía el rojo pedazo de carne. Ya viéndolo sobre el techo, hasta pude escuchar los sonoros relamidos.

Las señoras Sáenz nunca me vieron, creo yo, pero yo sí las veía todo el tiempo y las consideraba como dos seres escapados de las páginas de un cuento de hadas. Con sus enaguas largas que dejaban entrever botines negros de cuero, sus blusas camiseras de franela a cuadritos y los largos delantales blancos o a rayas. Dos cabezas blancas como la nieve, con moños alzados hasta la coronilla. Rizos que iban saliendo como diadema alrededor de las cabecitas, unos ojitos azules que más bien parecían las canicas con que jugaban los niños de entonces, caras y manos arrugaditas, y piel muy blanca. Una viejita era un poco más alta que la otra y bastante más gordita también. Era la menor, la esposa de don Manuel. Es curioso. Nunca las vi salir de la casa. Jamás me las topé en la calle. Seguro que vivían atareadas todo el día, para arriba y para abajo por aquel corredor, barriendo, pasando el trapo del piso, arreglando el jardín, cortando rosas, sembrando, apeando fruta, limpiando telas de araña. En fin, eso es lo que veía desde mi ventana. Lo demás, era un misterio. Y ahora que evoco esos recuerdos, don Manuel no aparecía en aquel jardín. Seguramente, vivía metido entre sus cámaras, su estudio o su laboratorio.

En mi casa, a la hora de almuerzo y de comida, se reunía toda la familia. Papá, mamá, mis cuatro hermanos grandes y yo. Muchos años después, nació el hermanito menor. En mi casa se acostumbraba que solo a los mayores se les permitía hablar en la mesa pero, en general, mi papá era quien tomaba la palabra, mientras mamá estaba pendiente de que sirvieran bien o de que comiéramos, sobre todo yo, que, según decía ella, nada comía... Yo calladita recordaba los dulces que compraba volviendo de la escuela.

Pero un viernes, desde que mamá llegó al comedor a la hora del almuerzo, tomó la palabra: venía muy impresionada de lo que acababa de contarle don Manuel. Se habían encontrado en el tranvía, en el recorrido desde el Paseo Colón: mamá, viniendo de la capilla del Colegio de María Auxiliadora, donde iba todos los viernes a hacer la novena a San Francisco de Asís, santo del que era muy devota, y don Manuel, quien había subido a la altura del Hospital San Juan de Dios, de donde venía con una mano vendada.

Don Manuel le contó a mamá que venía de demostrar, en el hospital, los poderes curativos de una crema de su invención. Hacía muchos meses había hablado con varios doctores tratando de explicarles que había inventado una crema que curaba rápido las quemaduras y casi no quedaban cicatrices. Muchas puertas había tocado y nadie, aparentemente, le creyó ni le dio importancia. Entonces, se las había arreglado para ir ese día al Hospital San Juan de Dios y ahí había derretido un poco de plomo ante los ojos maravillados de algunos médicos, y lo había vertido sobre el dorso de su mano... Inmediatamente, se había untado una buena cantidad de la maravillosa crema y solo se había puesto una gasa antes de salir del hospital, no sin antes advertir que estaría visitándolos en los próximos días para que se convencieran, por sus propios ojos, del rápido avance que tendría la curación. Ahí mismo, en el tranvía, don Manuel desenrolló la gasa y mostró, en la mano, una impresionante quemadura cubierta por abundante crema blanca.

Verá usted, Luisita, esta será una gran ayuda para tanto dolor y cicatrices que dejan las quemaduras. Y, ¿sabe cómo se llama?: MON SECRET. ¡Cómo no! ¡Imposible ponerle otro nombre si se trata de "mi secreto"!

Mamá estaba realmente impresionada. Ese día ni siquiera almorzó.

Don Manuel no se quejaba de dolor. Seguramente, la crema lo alivió por completo. Es una maravilla. Y ya don Manuel me ofreció un frasquito para que tenga aquí en la casa.

Habrá que ver –dijo papá–. Veremos con el tiempo cómo queda la cicatriz. Si es como él dice, va a hacer un gran negocio.

Por dicha nunca hubo en mi casa necesidad de grandes dosis de "Mon Secret", pero sí se usó. Personalmente, mamá me la aplicó en pequeñas quemaduras superficiales y recuerdo que el dolor se aliviaba muy rápido. La crema estaba en un frasquito redondo, de vidrio transparente y boca ancha. La etiqueta era de papel aluminio color azul con el nombre *Mon Secret* en letras plateadas.

No sé si se vendió en las farmacias, pero en mi casa siempre hubo. Y hoy me pregunto:

¿Pudo al fin don Manuel Gómez Miralles dar a conocer su invento, patentarlo e introducirlo en el mercado? O ¿fuimos nosotros privilegiados por el simple hecho de ser sus vecinos?

No sé si actualmente alguien recuerde la crema *Mon Secret* para sanar las quemaduras, pero doy testimonio de que fue el invento de un gran hombre... ¡Quién sabe cuántas cosas más de don Manuel se han perdido! Por eso, es importante traerlas a la memoria y comentarlas con los demás.

San José, 28 de mayo 2012.